



De «farsidrama» califica Lauro Olmo su «Cronicón del Medioevo», que rompe el involuntario silencio mantenido por su autor durante cinco años. Representada en Salamanca y Palma de Mallorca, esta desmitificación de un «intento de pechicido» llegará en los próximos meses a los escenarios madrileños.

realización de todo ello no depende ni de la voluntad de la Cátedra ni de la de Martín Recuerda, sino del encorsetamiento que la vida universitaria sufre en nuestro país, y de las dificultades que plantea siempre entablar cualquier tipo de diálogo abierto.

Para terminar con una descripción de lo que es «Cronicón del Medioevo» recurramos, en principio, al propio autor: «He recurrido —para lograr una desmitificación— a vías expresivas muy nuestras (el desenfado, la zumba, el desparpajo), aunque utilizadas de un modo muy peculiar. Un modo que, en determinado momento, desembocará en una escena esperpéntica y reveladora, según las propuestas más afortunadas del teatro actual. En definitiva, he tratado de combinar cierto aire clásico con vivas y desenuevas expresiones del lenguaje popular de hoy. Es posible que así haya conseguido dos condiciones que considero necesarias en este farsidrama: flexibilidad e impresión de espontaneidad. Y, desde luego, algo fundamental: ritmo».

Lauro Olmo me diría también que intentaba lograr un «clima de Comedia del Arte a la española».

Para ello ha recurrido a una tradición de nuestro teatro humorístico, que hallaría en el «astracán», Muñoz Seca y «La venganza de don Mendo» sus referencias más populares. Por supuesto, la perspectiva ideológica de Olmo es muy distinta y —en esa búsqueda desmitificadora— propone una nueva y antitética lectura de la Historia a propósito de un «intento de pechicido». Escrita en 1967, prohibida entonces y sólo autorizada ahora (al mismo tiempo que volvía a encenderse la luz roja para otras dos obras, entre ellas «El cuarto poder», de las siete que el autor de «La pechuga de la sardina» no puede estrenar). «Cronicón del Medioevo» plantea también el problema de la intransigencia que se eleva frente al escritor, encarnada en el personaje de «El Inquisidor». Para él, para su concepción dramática quiero decir, fueron los mejores elogios del joven público salmantino que —en número casi de mil personas— vieron la obra. Mucho más destacable —insisto— como dato de la reaparición de Olmo en la escena española que por sus propias características. ■ FERNANDO LARA. Foto: «Los Angeles».

## TELEVISION ESPAÑOLA: ¿COLOR O EDUCACION?

Se celebró este verano una mesa redonda sobre el tema de la televisión en color, cuya transcripción apareció en un diario de la mañana.

En esa confrontación dialéctica —que por cierto sólo agrupó a partidarios del color en la Televisión Española— se adelantó como argumento de su introducción inmediata el considerar el color como el mejor medio de paliar las deficiencias informativas.

Es este un tipo de argumentación que empujaría más bien a oponerse "a priori" al color en la televisión. Las deficiencias que ésta tenga en cuanto medio de comunicación, nunca podrán ser corregidas mediante mejoras técnicas. En un vehículo de comunicación, la pobreza y la parcialidad informativa constituyen un defecto intrínseco que no puede ni debe ser enmascarado mediante una imagen cromáticamente más agradable pero con la misma pobreza de contenido.

Esta mediocridad cualitativa se hace aún más evidente en nuestra televisión, si se considera que TVE es prácticamente la única de los países europeos que no cuenta con programas educacionales escolares. Debido a esto, nadie se extraña que no se emita por las mañanas, considerándose que se trata sólo de un medio de entretenimiento de tarde y noche. Por tanto, cuando se está menospreciando el medio educativo más moderno y masivo, no cabe pensar en introducir el color antes de potenciar su sistema televisivo en una vertiente tan absolutamente primordial como la educación y la enseñanza.

El argumento triunfalista —también apuntado en la mesa redonda— de que nuestro desarrollo es ya digno del color, debería más bien ser formulado: es indigno de nuestro desarrollo no poseer una televisión educativa escolar.

Se trata, por tanto, de la aplicación científica y racional del principio básico de los estados modernos: la selección de prioridades. Por supuesto, que la introducción del color no va a producir un colapso en otros sectores de producción o servicios, pero es obvio que las sumas que se canalicen a un sector —que en el caso de la televisión en color son enormes— se distraen de otros sectores. Por esto señalaba Juan Velarde, el pasado marzo: "A la primera pregunta —esto es, si creo que la televisión en color constituye un avance importante para la mejora de nuestra vida cotidiana—, he de contestar que no. Lo que necesitamos los españoles, conforme sube nuestra renta, no son instrumentos de entontecimiento colectivo, sino de mejora comunitaria. Esto es, el gasto del país debe centrarse en la educación de nuestros hijos, en tener buenas bibliotecas domésticas, mecanismos que liberen al ama de casa..., excelentes sanatorios, que las aguas de los ríos sean limpias..., que los medios de comunicación resulten cómodos o en viviendas higiénicas y confortables. Ellas son las que sí significan, en mi opinión, avances importantes en la mejora de nuestra vida cotidiana... En un país como el nuestro hay que andar con cuidado con las cuestiones del aumento del consumo superfluo. No son tan altas las cifras de nuestro P. N. B. como para dilapidarlas en cosas baladíes".

Los telespectadores y dirigentes españoles tienen por tanto planteada ante sí una de esas elecciones sintomáticas y reveladoras de la profundidad y justicia de la escala de valores de un pueblo. En nuestro país —que por ciento siempre contó con una televisión con tendencia al bicromatismo, color rosa para los asuntos nacionales y violeta oscuro para las informaciones del extranjero—, se plantea el dilema de considerar como prioritaria una mejora cualitativa en los terrenos educativos, culturales o informativos, o, por el contrario, la mejora más bien cuantitativa del color, agradable y brillante, desde luego, pero que no aporta ningún elemento sustancial a la perfección y enriquecimiento de nuestra televisión en cuanto medio de comunicación de masas. ■ JUAN IGNACIO SAENZ-DIEZ.